

Cultura visual.
Simón Marchan Fiz.

La cultura visual (Visual Culture) es una denominación que se ha puesto de moda durante los últimos años. Sin embargo, se remonta a la reflexión que se inició hace unos treinta años tanto en Centroeuropa bajo el nombre de Comunicación visual como en América del Norte con la expresión Visual Studies. Los Estudios Visuales, pronto transformados en Cultura Visual, surgieron en oposición a la autonomía y la pureza artística imperantes en el tardomodernismo, así como una reacción a la necesidad de legitimar, incluso también desde la óptica artística, los nuevos medios, tras la explosión de la cultura “pop” en las sociedades desarrolladas.

Desde el punto de vista de una teoría de los géneros visuales, tanto la Comunicación como la Cultura Visual parten de una constatación parecida: las artes plásticas, herederas de la tradición antiguo o moderna, no son más que un sector parcial de la cultura óptica y están siendo desbordadas por el predominio cuantitativo, o incluso para algunos cualitativo, de los diferentes medios visuales, de los nuevos “mass-media”, en cualquiera de sus expresiones. Asimismo, ambas tienen como premisa y asumen plenamente la irrupción de la cultura popular a través de los diversos medios visuales de masas, los cuales, si en sus inicios estaban mediatizados todavía por la reproductibilidad mecánica a la manera de W. Benjamin, hoy están condicionados sobre todo por la ampliación de los medios ligados a las nuevas tecnologías, a la apariencia digital.

A pesar de las semejanzas que existen entre la Comunicación Visual y la Cultura Visual, es oportuno atender a los matices que las deslindan. En efecto, mientras la Comunicación Visual era eminentemente semiológica y propendía a situarse en el marco de la industria y la crítica de la cultura en sintonía con la Escuela de Francfort -no en vano, a veces era denominada “praxis crítica de los medios”-, la Cultura Visual, sin renunciar a este sentido crítico, puede ser considerada post-semiológica y en ocasiones post-crítica. Si la primera intentaba desvelar los mecanismos visuales para urdir estrategias transformadoras contra la manipulación imperante, si de alguna manera estaba a la defensiva en el contexto del macro-poder en las sociedades del capitalismo avanzado, la Cultura Visual es más bien ofensiva, avanza sin complejos en sus márgenes e intersticios. Se identifica más con Foucault y Deleuze que con Adorno, Marcuse o Althusser.

Tal vez por ello, dando por supuesto el “giro lingüístico” moderno a lo Foucault y R. Rorty, no pone tanto el énfasis en las dimensiones sintáctica y semántica, en las relaciones entre los significantes y los significados, cuanto en las funciones y los usos, en el qué hacer con los lenguajes visuales desde una dimensión pragmática muy del agrado de la mentalidad norteamericana, así como en las construcciones culturales y los diversos ámbitos sociales o incluso políticos en los que emergen comprometidas con las múltiples microfísicas del poder: género, etnia, sexo, y las sociedades postcoloniales. De alguna manera, podríamos sugerir que la Pedagogía artística y la praxis crítica de los medios en los procesos de apropiación del mundo a través de la producción y la reproducción de imágenes eran a la Comunicación Visual lo que, en la actualidad, los Estudios Culturales (Cultural Studies) y el Nuevo Historicismo son a la Cultura Visual.

La cultura visual no sólo considera que las obras artísticas son ese sector parcial que ha dejado de gozar de la posición exclusiva en el sistema visual, sino incluso que las representaciones y las imágenes visuales son hegemónicas en los cruces espaciotemporales de los intercambios simbólicos con la realidad. Incluso, en las posiciones extremas, que se hallan al margen de las valoraciones formales y estéticas o de los juicios sobre la alta y la baja cultura visual, el arte y el no arte. La secuela previsible está siendo la deriva a una nivelación populista de todas las

prácticas visuales, en la que el concepto de arte es desplazado por el de visualidad, la percepción artística por la representación y la imagen, las artes por los medios. En paralelo, en los campos disciplinares ello se trasluce la tendencia a borrar las fronteras entre ellos o incluso está dejándose sentir en la absorción, si es que no sustitución, de la Historia y la Teoría del Arte por la Comunicación sin más o la Cultura Visual en complicidad con los Estudios Culturales y el Nuevo Historicismo o, por relación al mundo objetual, la Antropología.

Si esto acontece en la explosión de lo visual, en el mundo del arte su noción y sus prácticas se alargan tanto, acogen a ámbitos, experiencias y objetos tan dispares, que tienden a oscurecerse los rasgos que los identifica como artísticos. En otras palabras, asaetados como vivimos por toda clase de propuestas artísticas y presionados por las visualizaciones de la imagen técnica, lo extensivo del arte progresa de un modo casi ilimitado y desborda de tal modo a lo intensivo, que resulta complicado distinguir entre lo que es asumido como una obra artística y los objetos ordinarios, los acontecimientos cotidianos las imágenes mass-mediáticas que compiten con ella en nuestras mediaciones con lo real y, no digamos, lo virtual.

Desde estas premisas, nos inquietan algunas cuestiones que pronto se tornan interrogantes: si bien es evidente que las artes pueden ser incorporadas a la Cultura Visual, no toda la Cultura Visual tiene por qué ser predominantemente arte. O, en otras palabras, ésta no tienen por qué prejuzgar si algo es artístico o no. A su vez desde el lado del arte, una vez asumidas las contaminaciones entrecruzadas, ¿tiene qué aceptar pasivamente las imposiciones niveladoras de ciertos Estudios Culturales o del nuevo populismo? Salta a la vista que, frente a los abusos del formalismo, se siente la urgencia de que las obras respiren y se muevan en sus respectivos contextos, pero ¿no se están escorando con demasiada facilidad a nuevos sociologismos, adobados con los tópicos más acrílicos del añejo marxismo vulgar? ¿No se advierte una suerte de resentimiento contra todo aquello donde despunte la diferencia? Pero, sobre todo, ¿puede convertirse la Cultura Visual en un nuevo Absoluto donde desaparezcan no solamente las diferencias, las melodías diferenciadas, sino cualquier proceso de diferenciación subjetiva en las actividades humanas y objetiva en su exteriorizaciones? ¿No tendremos que recuperar nuevas gradaciones en la visualidad y en las mismas artes? ¿No tendrán que abrirse paso las mediaciones artísticas ofreciendo las resistencias pertinentes para, sin quedar excluidas, no dejarse absorber por la comunicación o la cultura visual en general, si es que todavía pretenden erigirse en testimonios de una mirada intempestiva y diferenciada?

Tarea:

1. Lea el texto y arme un pequeño glosario con las palabras señaladas, buscando su significado y tratando de adecuar el sentido al texto.
2. Sintetice la idea del autor.
3. Entrega: 25/5/15